



Núm 198

BARCELONA, 21 FEBRERO 1909

85 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

El estreno de *El's Vells*, drama original de don Ignacio Iglesias, en el teatro Romea de Barcelona, habrá de constituir una fecha memorable en la historia, no solamente del teatro catalán, sino del teatro español en general; según noticias se dispone á traducirlo al castellano el Sr. Pérez Galdós.

Por fin apareció la esperada producción escénica, real y artística, trascendental y conmovedora, verdadera y hermosa, sin declamaciones socialistas ó anarquistas, sin efectismos de brocha gorda, sin latas ni rellenos; una obra viva, arrancada del natural, humana y, con eso, edificante; allí se ven en acción los sentimientos de las clases trabajadoras, las tristezas y desventuras de las familias obreras, sin salidas de tono, sin exageraciones ni discursos. La honda emoción que se experimenta nace del cuadro mismo, no de la verbosidad de los personajes.

El Sr. Iglesias ha sabido apoderarse de un argumento que encanta por su sencillez, sin perjuicio de mantener el ánimo en constante tensión. No ha puesto cátedra de socialismo sobre las tablas, como otros, y, sin embargo, tal vez no se ha presentado jamás un alegato tan elocuente y conmovedor en favor de las víctimas del trabajo.

Tenemos por seguro que cuando se represente la obra en castellano que lará confirmada en absoluto la apreciación del público barcelonés.

Continúa la epidemia de los concursos, sin que basten las protestas y revelaciones de los escarmentados á que las palomas sin hiel se dejen tentar por el aliciente del premio, con la gloria adjunta al mismo.

Los concursos son una calamidad para los jóvenes que tienen algo nuevo que decir. Los jurados, compuestos en su mayoría de megaterios artis-

ticos ó literarios, premian siempre al autor que más se acerca á sus anquilosadas rancias y rechazan con horror todo lo nuevo. Sucede como en los exámenes, cuando la mejor manera de ganar curso consiste en asimilarse todo lo posible las palabras del catedrático. La juventud no adelantará un paso mientras tenga que ser apreciada por la senectud.

Por otra parte, los resultados que hasta ahora han dado los concursos bastarían á desacreditarlos por completo. Unas veces salimos con que el mejor literato es Echegaray y el mejor político Sagasta (¿por qué no Moret?); otras con que el mejor cuentista es el Sr. Nogales Y no insistimos, ya que para muestra basta un botón.

Fallóse por fin la causa de la Cecilia; después de haberse tenido que celebrar algunas sesiones á puerta cerrada (¡proh pudor!) ha recaído contra la reo la última pena, pero se confía en que vendrá el indulto, lo cual celebraremos infinito pues no somos partidarios de que se mate á nadie, por ningún motivo. Basta para la defensa social

reducir al delincuente á la imposibilidad de volver á causar más daño. Dicho esto hay que reconocer que el Jurado ha procedido con gran sentimiento del deber y la justicia, pues la tal fámula cometió un horrendo crimen, arrastrada por la más abominable codicia, sin la excusa de obrar con arrebatado ya de por sí tan infame como el mismo crimen cometido. No queremos decir que la víctima fuese ningún santo, pero no había que manciplarle atribuyéndole intenciones, apetitos y violencias indignas de una persona decente.

ARGOS



IGNACIO IGLESIAS
eminente autor del drama *El's Vells*

CONTRASTE

Interpretación del cuadro de
don VICENTE CUTANDA.

Su vida fué un martirio prolongado; trabajos, escaseces, privaciones; él, de todo pasó: pero si su desgracia fué grande, su resignación, su paciencia alcanzaban un grado más alto.

Jamás exhaló una queja, nunca una maldición manchó sus labios. Era obrero, y sabía que esto equivale a ser víctima propiciatoria de la humanidad, esclavo de la soberbia de todo necio que poseyera lo suficiente para explotarle.

Juan, sabía todo esto; siempre que sus compañeros le instaban para que se asociara a la huelga en proyecto ó al complot urdido, respondía con altivez: no.

Nunca gustó de motines ni asonadas. ¿Para qué? decía. ¿Para volver a la mañana siguiente aceptando de nuevo las mismas condiciones? Para eso no es menester de huelgas.

Llegó el día fatal. Una explosión ocurrida en la fábrica donde trabajaba, le dejó ciego.

Desde entonces para él se cerraron las puertas de la ciudad fábrica, le negaron un trabajo para el cual era inútil; no le quedaba otro medio que mendigar el cotidiano sustento, y su brazo, fuerte para sostener el martillo con que golpea el yunque, se resistía á alargar la mano para implorar una limosna, pero no tuvo otra cosa mejor á que dedicarse y aunque con repugnancia aceptó.

Era uno de esos escasos días espléndidos del mes de febrero. El sol se mostraba riante en el azul turquí del firmamento. Por el sitio donde se hallaba apostado Juan cruzaban vistosos carruajes que conducían briosos caballos sobre los cuales elegantes cocheros y lacayos á manera de antiguos heraldos anunciaban á las hermosas que dentro, y cubiertas con caprichosos antifaces, esperaban el momento oportuno de dar principio á la fiesta. Era el domingo de carnaval.

Juan, con el platillo en la diestra y cubierta la vista por túpida venda, pedía con lastimero acento una limosna por Dios.

Todos pasaban ante él sin dejar ni un óbolo al pobre ciego, que no veía, pero oía los continuos bostezos que su mujer sentada en el suelo daba con demasiada frecuencia.

¡Y no era extraño, hacía demasiadas horas que no probaba alimento alguno!

Juan, tan paciente siempre, siente que la sangre se le sube á la cabeza, ansía poseer algo con que poder satisfacer el hambre que le devora, lamenta su abandono, su situación tristesísima, su pasado accidentado y el comportamiento ruin de que fué objeto. Todo bulle en su mente en desordenado torbellino; no era ya el obrero incapaz de dañar á nadie, ni el ciego resignado con su misera suerte; era la fiera, que enjaulada se revuelve conociendo su impotencia; hubiera querido tener vista y un arma á la mano para, frenético, esgrimirla contra todos los que explotaron su trabajo y se mofaban de su miseria.

Ideas que antes le parecieron absurdas y terribles se le antojan ahora justificadas, y es que su cerebro era semejante al crisol que sirvió para purificar oro, que una vez realizada tan delicada operación sólo con la escoria se queda adherida á sus paredes.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ



LOS COLECCIONISTAS, por Gascón



De sellos. Los tiene todos y está disgustado porque ya hace años que no puede conseguir uno nuevo. Ayer necesitaba 50 pesetas, y se las sacó a D. Evaristo con la promesa de llevarle unos sellos que no están en sus álbumes. Si cumplió la pa'abra; se los llevaría de sulfato de quinina.



Colecciona monedas pero no sabe jota de numismática. Tiene mucho, mucho. El lo compra todo. Yo le he visto dar 100 pesetas por el marchamo de una pieza de madapolán francés.



Colecciona boquillas para puro y cigarrillo. Tiene la mar de espuma de mar. Ejemplares variados y preciosos perfectamente cuidados por él mismo. De tanto fumar se ha quedado delgado y no se ha muerto porque, claro, no se traga el humo.



A D. Marcos de Hierro le ha dado por la mineralogía. Tiene en su preciosa colección desde el cuarzo al pedregal más arifero. Sus bien clasificadas vitrinas y su hijita constituyen las delicias de su vida. La niña se llama Pírrita, o la llama Pírrita... Pírrita de Hierro.



DE FOTOTIPIAS DE CAJAS DE CERILLAS

—(En la colección de toreros me falta Badilla). Mamá, voy a comprar Badilla.
—¡Muchachai! ¡Porqué mas badillas si cada uno tenemos la muestra!



Se ha gastado en tarjetas postales todos los realitos de su bucha. Tiene todas las series publicadas por Cánovas y al saberlo su papá, que es muy fastidioso, le dió tal fofetada que le hizo sangre en una oreja. —Bueno, —dijo la chica. —Ya tengo otra colección: La oreja ensangrentada.

¡MEMENTO... AMANTES!

O ¡Remember!—como dijo el buen rey Carlos I de Inglaterra, al caer bajo la infame cuchilla de Cromwell; ó ¡acordaos! como se dice en buen romance.

¡Acordaos, amantes cándidos, jóvenes inexpertos, de que nada hay tan engañador cual las apariencias! ¡Acordaos de que el más blanco de los rostros puede encubrir la más negra de las almas, de que, bajo la piel más fina corre la más grosera sangre y de que, á los más hermosos ojos, se asoma, á veces, la más fea de las almas...! ¡Acordaos de esto, cuando tengais que elegir amada, si es que en ello cabe elección, y así evitareis desengaños como los que me dieron las tres apreciables jóvenes, no del margen, sino del centro de las presentes líneas!

¡Qué rubia tan deliciosa era Matilde...! ¡Qué ojos azules, tan llenos de poesía como el sueño de una virgen, como en mi opinión, debían ser sus propios ensueños! ¡Qué cutis de nácar y rosa! ¡Qué cabellos de oro! ¡Qué labios de coral, que perlinos dientes! ¡Y qué... que chasco me dió; dejándome plantado, por un tratan te en gran tes, con tantos millones



como yo, ganas de tenerlos!

Pues ¿y Sara?

¿Donde hallar fuego tan abrasador como el de sus miradas? ¿Dónde encontrar azabache más brillante que su cabello?

¿Dónde, tostada canela como su aterciopelada piel, y rojos claveles semejantes á los que ocultaban el precioso estuche de su boca?

¡Oh! ¡Sara! ¡Cuánto te amé...! ¡Cuánto gocé á tu lado! ¡Cuántos juramentos, cuántos ardientes ósculos cambiámos...! ¡Y cuántos billetes de Banco me hiciste cambiar, cuando, yo, aún tenía billetes!

Pero éstos se acabaron, y con ellos, el amor tuyo. ¡Olvidaste tus promesas de amor eterno...!

¡Y ya no hubo ósculos, ni caricias, ni frases de ternura, ora melosas, ora apasionadas!

Es decir, ¡no las hubo... para mí! ¡Huyeron con mi última peseta... y hoy, oh, Sara, caricias y promesas y palabras de miel, son para el afortunado comandante cuya fortuna particular y cuya paga lleva el mismo camino que siguieron mis papelitos de veinticinco, de ciento, de mil pesetas...! ¡Escarmentado de rubias y morenas, me enamoré de una púdica joven de pelo castaño. ¡Y también me dió la castaña! ¡Oh! ¡Jóvenes amantes...! ¡Memento, remember, acordaos de

ENRIQUE LÓPEZ



«Las fiestas del carnaval, al hombre más principal permiten, sin deshonra de su linaje, servirse de un antifaz...»

De Febrero, dijo el poeta festivo Martínez Villergas:

«Mes de piedad ageno,
que engendra un día malo y otro bueno;
que en horas breves la terrestre aifombra
seca y vuelve a mojar, brindando aleva
un rato de calor y otro de nieve,
un momento de sol y otro de sombra;
y aun dire, si hablar claro se me deja,
que un mes de goma elástica semeja
ese autor de terribles pumencias,
en que calienta el sol, graniza ó llueve,
pués, debiendo contar veintiocho días,
á lo mejor se encaja en veintinueve...»

En el vasto repertorio de refranes populares, se moteja de loco á febrerillo por las razones meteorológicas aducidas en la estrofa citada y quizás también porque en este mes da la humanidad gallarda muestra de su innata majadería, celebrando



el carnaval, imbécil engendro de la estupidez más refinada.

¡Hasta en eso cabe el refinamiento!

¡Oh, prodigio de la tradición arraigada en las costumbres!

Yo creo, y muchos de los que me lean creerán, que las mamarrachadas carnavalescas *non son de sendos homes* ¡Error! ¡Cuántos mortales pacíficos de suyo, seríotes como la propia Themis, dados á la soledad y el recogimiento, en cuanto llegan los

días á la locura consagrados, salen de sus casillas, se transforman y se lanzan á la palestra dispuestos á confundirse y gozar entre la muchedumbre, Ávidos de emociones fuertes y grotescos regocijos!

Conozco un individuo que se llama D. Homobono Tranquilo, disfruta el *haber* de cinco mil pesetas en Hacienda y la posesión de una esposa y jamona y dos pimpollos *hembras*, casaderas.

En cuanto empiezan los bailes de máscaras, ya está mi hombre molestando á todo bicho viviente con la demanda de billetes personales para concurrir de momio á los templos de Terpsícore más decentes y acreditados.

La mamá y las niñas comienzan su peregrinación de tienda en tienda para escoger los géneros que han de servir á la confección de los trajes respectivos y emprenden una verdadera cruzada contra la modista á fin de que se de prisa y tenga los vestidos acabados á ra el día de la fiesta.

Una noche troppecé con la familia, que se encaminaba hacia el *Círculo del Honesto recreo*, donde se celebraría un animado baile de máscaras.

Al ver aquella cuadrilla de mamarrachos, no pude contener la risa y exclamé:

—¡Por los clavos de Cristo, D. Homobono! ¿Dónde va usted con tales esperpentos?

—¡Cómo esperpentos!—gritaron á la vez la esposa y las *vdstagas* de mi amigo, amenazándole furiosas con ánimo de hacerme polvo si yo me dejara.

—¡Son bromas de este!—dijo D. Homobono, procurando calmar á tales fieras.

—No he querido molestar á ustedes; pero, la verdad, no creía yo que mi compañero D. Homobono, tan formal, tan circunspecto, tan morigerado y pulcro, fuera capaz de semejante locura.

—Amigo, estamos en carnaval y...

—Ya, ya...

Figúrense los lectores, al protagonista de esta aventura, frisando en los cincuenta y cinco, con el pelo blanco y la faz plagada de arrugas, cruzar las calles haciendo el *oso*, que de tal iba disfrazado, formando *yunta* con su irascible costilla en

toilette de bruja, que le iba muy bien, aunque más propia fuera de serpiente, y precedido de sus*



agraciadas herederas, disfrazadas con sendas vestiduras de *ricas-hembras*, como ellas decían.

¡Y era de ver como D. Homobono se marcaba con su cara mitad, causando admiración en el concurso y como las niñas se hartaron de valeses, mazurkas, rigodones, pasteles, dulces y jerez, á costa de sus galantes parejas y como volvieron al hogar cuando amanecía, maltrechos, cabizbajos y embriagados de sueño y de alcohol, dispuestos á repetir la suerte á la noche siguiente!

¡Y todavía D. Homobono asegura que esa diversión le encanta! ¡Es infinito el número de los tontos!

Después de todo, el carnaval litúrgico, resulta cándido, inocente y simplón, si lo comparamos con ese otro perpétuo, en el que somos actores durante los doce meses del año y los años de nuestra existencia.

—¿Quién es ese caballero que pasea tan altivo y arrellanado en aquel carruaje?

—Un usurero, que ha hecho su fortuna explotando la miseria al 200 por 100.

—¿Quién es aquella dama tan elegantemente vestida, que luce rico aderezo de brillantes y por

su lujo puede competir con la más linajada aristocrática?

—Es... la *Nana*... La hija de la *Sacatrapos*...

—¡Qué barbaridad!

—Allá va D. Sisebuto; se sabe que no tiene dos pesetas y que los *ingleses* le persiguen inútilmente, porque no encuentran manera de cobrar lo mucho que les debe, pero vea usted que elegante va, embutido en su gabán de pieles, llamante levita, botas de charol...

—¡Gran petardista!

Basta de ejemplos, aunque todavía pudiéramos presentar en eterna mascarada, á Maura vestido con el sugestivo traje de *Gran Elector*, sin trampa ni cartón, ni pucherazos ministeriales; á Silvela de estadista para andar por casa y así otros que ustedes, y yo conocemos, que aparentan ser lo que no son y nos hacen tragar gato por liebre, queriendo hacernos comulgar con ruedas de molino.

¿Se quiere más carnaval que ese? ¡Pues aun hay más! Los ciudadanos, muy señores míos, que han declarado á Weyler *el mejor general*, á Echegaray *el mejor literato*, etc.; han anticipado algunos meses, el carnaval dándonos una broma tan oportuna y casi tan ingeniosa como la del clásico: *¿Me conoces? Que Dios confunda.*

Tales bromazos solo pueden admitirse en época de antrujeo, cuando como dijo Lúcar Hidalgo en sus *Diálogos de agradable entretenimiento*:

«Todos tratan de su gusto, unas se caen de dormidas, á quien hoy sueltan la rienda; y algunas se caen despiertas; unos se van á los bailes, en fin, casi todas caen, otros cantan, otros juegan, que casi todas tropezan. La mujer se viste de hombre, otros tratan de comidas; y el hombre se viste de hembra...»

Lo cual demuestra que antaño como ogaño, la gente se divertía durante carnestolendas con la propia estupidez.

Dicho lo cual, me retiro por el foro, pidiendo al Todopoderoso que á ustedes y á mí nos libre de



confetti y serpentinas arrojadas por manos inextinguibles. Amen.

LUIS FALCATO



LECTURA ALEGRE, cuadro de F. Andreotti

Ayuntamiento de Madrid

UNA BROMA DE CARNAVAL

Era el segundo día de carnaval. Las calles y callejuelas que desembocaban en la ancha vía que conducía al paseo, arrojaban sin cesar como a fluyentes de un río en día de avenida á la gente que, ávida de diversiones, aprovechaba gustosa la *bonita y barata* distracción de presenciar el desfile de máscaras por delante del jurado que debía adjudicar los premios á los disfraces de mejor gusto artístico y mas propiedad en los detalles. D. Gustavo, dando el brazo á su señora en cuyo pelo negro se destacaban como hilitos de plata las primeras canas como señales de una hermosura y juventud que se agostan, consiguió no sin pocos estrujones llegar al paseo. En la entrada estaba situado el jurado; á ambos lados de la tribuna se apiñaba la muchedumbre amenazando romper la gruesa cadena de hierro vigilada por los agentes de la autoridad; allí estaban los hombres, las mujeres, los niños, sufriendo codazos, empujones y demás molestias, compañeras inseparables de todo espectáculo público agradable; allí estaban estirando el cuello para ver á las máscaras que discurrían á sus anchas por la despejada piste, luciendo sus gracias y disfraces ante el jurado; aplaudiendo cuando éste concedía un lazo en señal de premio, y riendo á mandíbula batiente ante la máscara que ridiculizaba la nota política de actualidad.



destinado á los carruajes, corrían éstos como monstruos agujoneados por los parásitos de colores chillones que tumbados sobre el pescante unos y derechos sobre el estribo otros metían la cabeza por las ventanillas y hablaban amparados por la impunidad de su disfraz con sus novias ante los mismos bigotes de sus futuras suegras.

Corrían los caballos arrastrando al vehículo que describía vistosas circunferencias con sus ruedas cuajadas de serpentinillas, hasta que fatigados, echando blancos espumarajos por sus dilatadas narices iban á aumentar el número de los que con paso lento caminaban rozando los andenes del paseo. El monstruo cedía debilitado á los parásitos de colores chillones. Por entre la bulliciosa multitud que todo lo invadía, caminaban D. Gustavo y su señora llenos de *confetti* que como una nevada continua de abigarrados colorines caía sobre los paseantes, mirando los animados grupos que se formaban alrededor del individuo que recibía con las mejillas coloreadas el insulto ó insultante mote ó parándose para dejar paso á una cuadrilla de alegres máscaras que corrían molestando á todo el mundo como si á ello les dieran derecho sus trajes de mamarracho.

Uno de estos individuos disfrazado con un raído y mugriento dominó se paró ante D. Gustavo haciendo reverencias; este no pudiendo evadirse aguantó impasible todas las sandeces con que tuvo á bien obsequiarle el sudodicho máscara.

—Conque ¿no me conoces?—dijo el disfrazado á D. Gustavo que procuraba poner fin á aquella charlatanería insustancial.

—¿Y tú tampoco?—exclamó dirigiéndose á la esposa de D. Gustavo.—¡Caramba, tantas veces que te he abrazado cuando no estaba tu marido!—No había concluido de pronunciar la última palabra, cuando un tremendo bofetón de D. Gustavo le arrancó la careta. La esposa de éste de un salto se colocó al lado del desgraciado máscara defendiéndole con su cuerpo, y cuando el corro que se había formado á su alrededor retrocedió espantado creyendo ver el desenlace de un drama pasional, D. Gustavo abrazó á su lloroso ofensor exclamando dirigiéndose á aquellas gentes que habían presenciado su ofensa:

—¡Señores es mi hijo!

R. LUJÁN FAYOS

LA PRIMERA MÁSCARA

¡Miradla, como cruza pavorosa
las calles á la luz de los albores!
Caminando le asaltan mil temores
nacidos de una noche voluptuosa.
Marchóse al baile la doncella, loca,
sedienta de placer y de alegría
y sació en el vino de la orgía
los placeres impuros de su boca.
Después de haber bailado atolondrada,
sin freno, con pasión, la noche entera
embriagada y en báquica quimera
dejola su galán abandonada
allí, en el *restaurant*, muy encendida
su cara del *champagne* por los vapores
y en sueños de vivísimos fulgores
quedó sobre la mesa adormecida.
Al despertar herían sus oídos
las cadencias de música lasciva
y tornándose fiera y muy segura
buyó de aquellos tétricos ruidos.
Cuando salió del baile, los albores
del nuevo día á la ciudad prestaba,
una pálida luz que contrastaba
con el salón radiante de esplendores.
Miró en torno la joven ruborosa
y un momento tembló, viéndose sola
más de repente, asándose la cola
del largo *dominé* color de rosa,
precipitó el andar hasta su casa.
Al llegar de la puerta á los umbrales
se detiene; mil ansias maternas
torturando el cerebro tan sin tasa
no puede resistir... su cuerpo, incierto
da sobre de las losas sin sentido.
[Es el golpe fatal que ha recibido
su virgen corazón de angustia muerto!
Y en haces esparcida por el suelo
quedó su larga y rubia cabellera
que renunciando el día placentera
iluminó después la luz del cielo.

Enrique Baróns.

"FLOR DE ROMERO"

Paquito Pérez era un muchacho joven y de buena familia. Vivía de una modestísima renta que le dejaron sus padres y se ocupaba en lo que se ocupan la inmensa mayoría de los jóvenes de la sociedad elegante: en ir al casino, al teatro, a las carreras, al paseo, luciendo el airoso garbo y el estirado cuerpo, siempre en busca de una rica heredera, á cuya fortuna asirse, resolviendo así el árido problema de la vida del lujo, del fausto, del derroche, para la que había sido criado.

En la sociedad en que Pérez vivía y se agitaba como uno de tantos especuladores del matrimonio, sin patente para ejercer la industria, se le estimaba mucho, se le consideraba sobremediana y hasta se le quería por su carácter franco y servicial, por sus finos modales, por su amabilidad exquisita y agradable trato, sobre todo con las señoras mayores que poseían algunos miles de renta y tenían hijas casaderas.

Todo el mundo hablaba bien de Pérez; todos se hacían lenguas de su carácter, de su bondad y le invitaban á fiestas y reuniones en las que nuestro joven se hacía indispensable, preciso.

Esto no obstante, cuando Paquito ponía el ojo en una joven, y con el raballo del otro miraba sus riquezas, todos pensaban del mismo modo, sentían de igual manera y procedían con igual obstinación, oponiéndose á aquellos amores y condenando aquel enlace.

—A mí,—decían invariablemente, todos los padres,—no me disgusta el chico; pero no se ocupa en nada, y aunque tenga un pedazo de pan, es preciso que el hombre sea algo y trabaje para resistir las

tentaciones del ocio y las asechanzas del vicio. Las madres no iban tan lejos, no pensaban tan hondo, ni discurrían con tal acierto, pero todas rechazaban las pretensiones de Paquito.

—Pérez,—decían,—es excelente para amigo, pero no tiene condiciones para aspirar á casarse con una muchacha rica, por que su posición es muy modesta.

Tanta oposición, tantos desengaños, tan repetidos fracasos, convencieron á Pérez de que le sería imposible hallar lo que pretendía entre aquella clase social, y determinó cambiar de rumbo, seguir otro camino, siempre pensando en el logro de sus deseos, en la consecución de su ideal: mujer rica, joven ó vieja, fea ó hermosa.

La suerte vino al fin en ayuda de Paquito, pues en un establecimiento de baños conoció á una familia de la Mancha, tan llena de pretensiones como de onzas de oro, y en la que se contaba una real moza de veintidos años, fresca y lozana como rosa de mayo.

Pérez no desperdició tan excelente ocasión y se consagró en cuerpo y alma á aquellas gentes que le recibieron con verdaderas muestras de entusiasmo, con ruda franqueza, considerándose muy honradas al verse atendidas y obsequiadas por un chico tan jovial, tan instruido, tan fino, tan elegante y bien nacido.

El triunfo del joven aristócrata fué completo, decisivo. El padre, la madre, los hermanos de Cristina se rindieron á discreción, convirtiéndose, desde los primeros instantes, en leales servidores de aquel ser superior que se había dignado tenderles la mano y abrirle sus brazos.

Cristina, por su parte, resistió los primeros asedios llevada por la innata coquetería de las hijas de Era, pero no tardó en ser vencida por aquel galanteador experto, por aquel hombre que le hablaba un lenguaje desconocido, armonioso y dulce, que cautivó su corazón y despertó su alma virgen, haciéndola entrever horizontes risueños, dichas inefables, amorosos transportes nunca imaginados, ni jamás sentidos.



De triunfo en triunfo, consiguió Pérez hacerse dueño de la situación; y al terminar la temporada venía a tener ya asegurado su porvenir con la blanca mano de Cristina.

La petición se hizo con todas las reglas del arte, y fué admitida con verdadero júbilo, con inusitados transportes de alegría, y el pretendiente oficial, el futuro esposo, acompañó á su nueva familia, en su regreso al pueblo, en donde Paquito permaneció otra temporada consolidando aquellos amores para él tan venturosos y positivos.

La felicidad no era completa, sin embargo, por causa del carácter de Cristina, muchacha voluntariosa, dominante, acostumbrada á mandar á todos, á realizar sus gustos, á convertir en ley sus voluntades, sus caprichos y sus deseos, desde los más nimios hasta los más extravagantes y ocosos.

El descubrimiento de tal carácter apenó á Pérez y hasta le contuvo en su marcha progresiva hacia el matrimonio; pero su vacilación fué corta, y de nuevo se lanzó con más brío, con mayor entusiasmo en persecución de aquellos millones, de aquella fortuna por la que suspiraba tan largo tiempo.

—No importa,—se decía.—Adelante: consiga yo la dote y ya veremos después quien manda y ordena.

Pensando así, sufrió Paquito y aguantó todo lo que Cristina quiso durante sus relaciones, cuando á la muchacha se le ocurrió ir á Madrid con su familia á pasar unos días.

El deseo de la joven fué puesto en practica inmediatamente y anunciado á Paquito, que se preparó para obsequiar á su futura y familia dignamente, proponiéndose, además, deslumbrarlos con su elegancia y con su lujo.

Al efecto, pensó alquilar un caballo, pero no halló ninguno que le satisficiera para hacerlo pasar como suyo propio; y ya comenzaba á renunciar á su idea, cuando se enteró de que se ausentaba por unos días de la Corte un amigo de la infancia dueño del mejor caballo que se paseaba por el Retiro.

Corrió á casa de su amigo, le expuso sus deseos, y de allí salió lleno de alegría, contando ya con tener á su disposición un bruto de pura sangre andaluz, ejemplar hermoso y magnífico de la noble raza española, conocido por «Flor de Romero», y de todos admirado y alabado.

Llegó á Madrid la rica familia manchega y se instaló con todo boato en un afamado Hotel, obediendo las inspiraciones de Paquito.

A la tarde siguiente se pensó en ir al Retiro, á Recoletos y á la Castellana, pero en coche, desde luego; y aquí halló Pérez la ocasión propicia de sacar á relucir su hermoso caballo, su «Flor de Romero» del cual hizo cumplido elogio ante su suegro y cuñados futuros, peritos en la materia.

La excursión comenzó bajo los mejores auspicios. Al presentarse Pérez en la puerta del Hotel, caballero en el noble bruto, el triunfo fué completo. El padre y el hermano de Cristina se deshicieron en alabanzas hacia la montura confesando que era lo mejor que habían visto. La misma Cristina no pudo menos de sentirse llena de satisfacción y de orgullo, mientras la madre pensaba que su futuro yerno era todo un caballero.

Montaron los cuatro manchegos en su carretela que partió al trote; lanzó Pérez á «Flor de Romero» junto á la portezuela y allá fueron todos charlando y riendo, rebosando felicidad, respirando satisfacción y alegría. Siempre al trote, llegaron al Retiro, cuyo paseo cruzaron varias veces, llamando la atención de todos el ver á Paquito luciendo el garbo sobre «Flor de Romero» y charla que te charla con aquella lugareña, sin hacer caso de los demás mortales.

Pero llegó un momento en que el noble bruto vió pasar á su lado, como una exhalación, un *milord* amarillo en el que iban una señora entrada en años y una hermosa joven que no pudieron contener un grito de sorpresa al fijarse en el caballo.

«Flor de Romero» vió el coche, oyó el grito y, replegándose sobre sus patas, giró en redondo, con gran exposición del jinete, que casi fué despedido de la silla, y se lanzó á todo correr tras el carruaje con gran extrañeza de Cristina y de su familia.

Aquella extrañeza subió de punto y se convirtió en disgusto inmenso, profundo, hondísimo, cuando los ricos manchegos vieron que Pérez no volvía; que Pérez había desaparecido del paseo siguiendo tras del *milord* amarillo de la joven hermosa.



—A Recoletos, y á escape,—ordenó Cristina, obedeciendo á su instinto de mnjer, y la carretela se lanzó al galope.

Cristina había acertado. En Recoletos pudieron dar vista al pobre Pérez, que, llevado por «Flor de Romero» seguía siempre al *milord* resultando inútiles cuantos esfuerzos hacía para dominar á la obstinada bestia.

Pérez iba rojo de cólera pensando en que aquel maldito animal le estaba haciendo correr el ridículo más espantoso del mundo, obligándole á seguir tras una joven desconocida, abandonando á su novia, á su prometida, comprometiendo así su porvenir, el bienestar de toda su vida.

Mientras tanto, el coche de Cristina alcanzó al *milord*, ya en la Castellana.

Volvió el *milord* grupas y aquellas dos jóvenes cruzaron sus miradas: de rencor, de rabia, de odio, por una parte; y por la otra de conmiseración y de lástima.

Hubo un momento, un instante en que Pérez consiguió detener á «Flor de Romero», y quiso acercarlo á la carretela de su novia, pero el caballo saltó de nuevo, y de nuevo se lanzó tras del *milord* provocando un grito de rabia que no pudo contener Cristina y el que contestó á lo lejos una franca carcajada. La joven desconocida, se acababa de hacer el cargo de la verdadera situación del pobre Pérez.

Este comprendió entonces todo su infortunio; se dió cuenta de la rabia de aquella familia al verse burlada y escarnecida de aquel modo, sin que él pudiera correr á su encuentro y explicar su conducta, confesar su yerro y borrar su falta.

Pérez intentó una vez más contener al animal, reducirlo á la obediencia y obligarle á volver sobre sus pasos; pero todo fué inútil. pues el caballo siguió su marcha sin hacer caso de la espuela, pegado siempre á aquel maldito *milord* amarillo, cuyas dueñas volvían sin cesar la cabeza riendo á carcajadas.

El *milord* tornó á cruzar Recoletos, subió por la calle de Alcalá y atravesó todo Madrid, deteniendo su marcha, y llegó al fin á la Plaza de Oriente penetrando en un gran portal seguido siempre de «Flor de Romero» y con gran espanto y admiración del desventurado Pérez.

Las señoras se apearon del coche, y la más joven se dirigió sonriendo, con expresión de lástima, al jinete, exclamando:

—Desmonte, usted, caballero.

—Pero...—balbuceó Pérez, avergonzado.

—Mi novio,—replicó la joven,—lo hace así todas las tardes, y acostumbrado á ello el caballo, no saldrá de aquí, si usted no desmonta.

Y así diciendo, desapareció por la escalera, mientras Pérez, explicándose entonces lo ocurrido, echó pie á tierra, rodando desvanecido á los pies de aquel animal, causa de sus desdichas, de su vergüenza y de su infortunio.

Ya entrada la noche, y apenas repuesto de su desmayo, llegaba Pérez al Hotel preguntando afanoso por los señores.

—Los señores,—contestó un criado,—han marchado en el tren de esta noche dejando esto para usted, y le entregó una carta.

Pérez se apoderó temblando de la misiva, rasgó el sobre con mano nerviosa, y no bien hubo leído el billete, dejó caer los brazos con desaliento, lanzó un suspiro, y con vacilante paso abandonó el Hotel, medio muerto, abatido, preso de tristeza infinita y de mortal angustia: su porvenir, su dicha, su felicidad acababan de morir para siempre.

PEDRO BONET ALOANTARILLAS

LA ULTIMA EXPEDICION EUROPEA A LA CHINA



Trato dado por los franceses á los prisioneros indigenas

Con el
los señores
res el cual
album JO

Bl
Sidonio
Zola.
La pie
Bernard.
El amo
Hano Sch
La vol
Emilio Z
El fin d
Alexis.
Santia
Zola.
La fest
lio Zola.
El secr
de L'Isle
Sin tra
Los su
(ilustrad
El ma
rico Sou
La ino
por Carli
Para p
nstración
za de Tet

Si
apre
el s
del

Un gu
cito situ
recibid h
dinaria c
Al pas

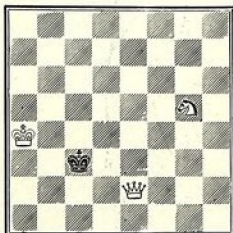
E
R

RESERVA

PEPITORIA

Problema de ajedrez núm. 4
POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

do por una lluvia de billetes de Bínco.

Cuando se disponía ya a recogerlos, el expreso que acababa de pasar, paró de repente, y un viajero bajó con precipitación declarando al guardabarrera que los billetes se le volaron por la ventanilla en el momento que los contaba.

Encontráronse todos los billetes, y el viajero, que era un diplomático alemán, regaló cien francos al guardabarrera y se volvió a su tren.

El pobre empleado de la línea del ferrocarril conoció en un momento las emociones todas de la fortuna y las del desvanecimiento de las riquezas.

La Magnesia SAN-IMOL.
es la mejor hoy en día,
desde nuestra Andalucía
al país do sale el sol.

JEROGLIFICO, por Novejarque

KE RUI DIAZ DE VIVAR 2 ENTENDIMIENTO

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

COLMOS

El recluta Juan Artar que es más bruto que un esquila se cuadra al oír mentar al río Generalife.

Es colmo de pescadores pescar con la marga ancha que usan muchos confesores

Tal es la afición al vino que domina á Bonifacio, que se emborracha sin tino con las chispas de Palacio. (1)

El colmo de un carpintero que de hábil tuviera fama, sería, serrar ligero con Sierra del Guadarrama.

Un amigo que botánica entiende como muy pocos á las palmas de las manos las hace dar ricos cocos.

M. PÉREZ Y A. MACÍAS

D. Manuel.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

Los pasatiempos del número anterior

Logogrifo jeroglífico.—

GRAN TE | TÁNGER
1 2 3 4 5 6

Triángulo silábico.—

		CAM	CAM	
		PO	IN	PO
CAM	CAM	PO	IN	CAM
		PO	IN	PO
				A
				MOR

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. M.—Arévalo.—Buen cuento.

L. V. P.—Madrid.—Tengo la satisfacción de decirle lo mismo que al anterior.

R. F. E.—Zamora.—Irás el romancillo.

V. V. O.—Valencia.—Es preciso que se entre usted, antes de escribir versos, de las reglas á que están sujetos.

Esófca.—Madrid.—Desearía saber su nombre, condición indispensable para la inserción del cuento, que es muy interesante y está escrito con laudable naturalidad.

P. S. L.—Valencia.—Fuertecita es la poesía, pero no importa: se publicará.

El Poeta.—La única poesía que serviría es la que usted quiere vaya ilustrada, y hay inconvenientes para eso.

L. C.—Madrid.—El cuento está en poder del regente, y se publicará cuanto antes.

SUECIA Y NORUEGA



GENERAL SUECO